

prefiere la bóveda de la iglesia á la bóveda del templo y ve una hostia en la luna. A la claridad de la luna escucha las preces de los viejos templarios, de los ermitaños y de los ascetas, y los cánticos y los salmos.

Aunque es orgulloso y es rebelde, sufre desalientos profundos.

—Irás cantando los trofeos de tu sueño, —arrastrando romanas púrpuras, — en-guirnaldando con laureles inmortales, — noble guerrero audaz.—Embrazarás las lanzas de las ideas,—y verás desfilan lentamente todos los dolientes deseos.

Pero esta suprema esperanza desaparece en breve; y el poeta exclama:

—¡Oh! sonos intraducibles, formas, colores..... —¡Ah! que yo no pueda eternizar el Dolor—en los bronce y en los mármoles eternos!

Los breves poemas en prosa de *Missal*, son solamente impresiones, reflejos de estados de alma. Tienen algunos extraña intensidad. Son otros sencillos, leves, casi infantiles. El *Missal* se abre con una oración al sol, “Rey astral que haces cantar de luz los prados verdes, cantar las aguas.....” El poeta, que tiene el alma triste, quiere reír; reír, como los héroes homéricos, con risa inextinguible; “reír y amar, —perpetuamente reír, perpetuamente amar,” y reza al sol una rara plegaria; una plegaria en que los adjetivos hiperbólicos, los símiles absurdos, la suntuosidad oriental de las imágenes, erizan extrañamente las ideas.

Pero el sol jamás ha reído en la obra del poeta brasileiro. La obra de Cruz y Souza es nocturna ó crepuscular.

A veces, hermético y cabalístico, cierra su prosa y es un discípulo de Mallarmé; pero también sabe decir:—“Traigo todos los ruidos de la calle,” ó bien: “Algunos hombres, ásperos y rudos, colocan largos tubos de barro para canalizar las aguas de la ciudad.”

Pero esos hombres, ásperos y rudos, no le impedirán cantar este delicioso poema:

“En un brillo centelleante de tiara persa, la vía láctea encórvase en lo alto, sobre mí, en las flores cristalinas de sus estrellas.

Encórvase sobre mí, en la pompa negra de la noche densa, recordando vagamente el luminoso esplendor de unos ojos, entre la pompa negra de aromados cabellos.

Como si en claros patios de castillos ronianos, desfilasen visiones germánicas, —willis enamoradas y vaporosas, sílfides serenas y encantadoras, á la luz de luna de las baladas,—de cada estrella fría y blanca, se desprende y desfila, en las rutilantes esferas, una ilusión ó un sueño, y cada sueño y cada ilusión se corporizan, toman consistencia de nervios y cincelada escultura de líneas; y helas ahí, fascinadoras, deslumbrantes mujeres, avasallando el firmamento como amplia vía láctea de cuerpos ondulantes y nívicos.

—¡Ay! mujer, que busco y deseo, desde la tienda nómada del Arte peregrina y fúlgida sirena, que las armonías deliciosas de tu carne no sean, como son, misteriosas para mí, como la vía láctea, en cuyas estrellas que representan, cada una, una ilusión ó un sueño, está infinitamente presa, en un amoroso electricismo, esta alma ardiente, lacerada y nerviosa!”

Cruz y Souza ha hecho una extraña apología de la fealdad; mejor dicho, una apología del feo. Des Esseintes sonreiría, Rubén Darío pensaría en Lautreamont. La fealdad que alaba es gwymplinesca, endemoniada y horrible. Así el tétrico Quasimodo.

—“Entre tanto, yo gusto de tí—¡oh feo! —porque eres la *escarpelante* ironía de la hermosura; la sombra de la aurora de la carne; el luto de la materia dorada por el sol; la cal fulgurante de la sátira sobre la ostentosa podredumbre de la belleza pintada. Gusto de tí, porque niegas la infalible, la absoluta corrección de las formas perfectas y consagradas, aunque tengas también, en tu horror, la corrección per-